

Por Andalucía

Hermoso decreto y hermosa iniciativa la del Sr. Gasset ante la pavorosa crisis que invade los cortijos y las poblaciones andaluzas...

Antes de ahora hemos defendido esta solución, y en estas mismas columnas hemos publicado la relación de las obras hidráulicas que podrían hacerse en Andalucía...

Las obras de riego tienen una grandísima importancia. Hay que acometerlas con decisión, hay que realizarlas con energía...

En Andalucía, como en la mayor parte de España, hay que llevar, con el agua que fecunda los campos, la instrucción técnica y aun la instrucción general que fecunda los espíritus...

Consultad las respuestas dadas al Instituto de Reformas Sociales por los diferentes Ayuntamientos y entidades...

El Centro de Labradores de Jerez declaraba no hace mucho en un documento oficial, que solamente con la buena aplicación de abonos podría aumentarse considerablemente la producción de los terrenos andaluces...

El malogrado conde de San Bernardo, en su finca El Alamillo, situada en una de las regiones más castigadas de Andalucía, es un ejemplo vivo, típico, indígena (no traducido), de lo que puede lograrse en este punto...

Un buen cultivo defiende a las plantas de ciertas sequías, no muy intensas, que son, después de todo, las más frecuentes. Es de la mayor importancia aumentar los riegos, que garantizarán contra la sequía...

Es de la mayor importancia aumentar los riegos, que garantizarán contra la sequía. Mas, no olvidemos dos cosas, a saber: primera, que aun extendidos todo lo posible, quedarán siempre más del 90 por 100 de terrenos de secano cuyos cultivos hay que mejorar...

Un buen cultivo defiende a las plantas de ciertas sequías, no muy intensas, que son, después de todo, las más frecuentes. Es de la mayor importancia aumentar los riegos...

Es de la mayor importancia aumentar los riegos, que garantizarán contra la sequía. Mas, no olvidemos dos cosas, a saber: primera, que aun extendidos todo lo posible, quedarán siempre más del 90 por 100 de terrenos de secano cuyos cultivos hay que mejorar...

Un buen cultivo defiende a las plantas de ciertas sequías, no muy intensas, que son, después de todo, las más frecuentes. Es de la mayor importancia aumentar los riegos...

Es de la mayor importancia aumentar los riegos, que garantizarán contra la sequía. Mas, no olvidemos dos cosas, a saber: primera, que aun extendidos todo lo posible, quedarán siempre más del 90 por 100 de terrenos de secano cuyos cultivos hay que mejorar...

Un buen cultivo defiende a las plantas de ciertas sequías, no muy intensas, que son, después de todo, las más frecuentes. Es de la mayor importancia aumentar los riegos...

Es de la mayor importancia aumentar los riegos, que garantizarán contra la sequía. Mas, no olvidemos dos cosas, a saber: primera, que aun extendidos todo lo posible, quedarán siempre más del 90 por 100 de terrenos de secano cuyos cultivos hay que mejorar...

Un buen cultivo defiende a las plantas de ciertas sequías, no muy intensas, que son, después de todo, las más frecuentes. Es de la mayor importancia aumentar los riegos...

Es de la mayor importancia aumentar los riegos, que garantizarán contra la sequía. Mas, no olvidemos dos cosas, a saber: primera, que aun extendidos todo lo posible, quedarán siempre más del 90 por 100 de terrenos de secano cuyos cultivos hay que mejorar...

Un buen cultivo defiende a las plantas de ciertas sequías, no muy intensas, que son, después de todo, las más frecuentes. Es de la mayor importancia aumentar los riegos...

Es de la mayor importancia aumentar los riegos, que garantizarán contra la sequía. Mas, no olvidemos dos cosas, a saber: primera, que aun extendidos todo lo posible, quedarán siempre más del 90 por 100 de terrenos de secano cuyos cultivos hay que mejorar...

Un buen cultivo defiende a las plantas de ciertas sequías, no muy intensas, que son, después de todo, las más frecuentes. Es de la mayor importancia aumentar los riegos...

además hay que llevar capital. ¿Qué hará el labrador con el agua al pie de su finca si no puede arreglar el terreno, nivelarlo, hacer las zanjas, y realizar, por falta de capital, todas las variadas operaciones para que el agua recorra el suelo?

En estos problemas de producción juegan siempre varios factores. Olvidarse de algunos es ir al fracaso. Hay, repetimos, que llevar agua; quizá es el factor más costoso de lograr; pero no nos olvidemos de la cultura y del capital!

Para ello se acaba de dar la ley de Sindicatos agrícolas; para ello hay que gestionar con el Banco de España, a fin de lograr facilidades y economía en los préstamos. Pero, ¿cómo hacer nada, si los mismos labradores no aprovechan, si no utilizan las ventajas inusitadas de la asociación?

Se está en camino de lograrlo, se dan por el Estado facilidades para conseguirlo. Utilicen las labradores esos medios. No lo esperen todo del Estado. Estos problemas son insolubles cuando la acción social es nula. Todos tenemos que tomar en ello una parte activa, y especialmente los labradores, primeros interesados; los agrónomos, que han de ejercer un verdadero apostolado; la Prensa, que debe divulgar las prácticas modernas de cultivo y los medios que los labradores pueden usar para conseguir capital, los grandes propietarios, recordando la obligación de cultivar bien; las autoridades locales, haciendo justicia, etc., etc.

Agua, enseñanza y dinero; he aquí los tres factores principales para resolver el problema andaluz. Advirtiéndose que decimos los tres principales porque hemos de añadir que no son los únicos. Todavía quedan otros varios de los cuales no es el más despreciable el de restablecer en aquella región el régimen de la justicia alterado por el más odioso caciquismo; el de favorecer la parcelación de la propiedad; el de acabar con la usura por medio del crédito; el de deprecificar una distribución equitativa de los tributos; el de combatir la ocultación de la propiedad y los poderosos, y otras varias cosas que han sembrado en el alma andaluza los gérmenes de la tristeza, del abatimiento, del abandono musulmán más deplorable y esterilizador.

Cuestiones son éstas, así como los medios y formas prácticas de llegar a la implantación del riego, que necesitan más espacio para su exposición. Conténtemonos hoy con apuntarlas y señalemos a todos la actitud decidida del Sr. Gasset y del Gobierno para abordar y resolver la cuestión. Señalémosla para aplaudirla como merece y para que sirva de ejemplo a todos. En esta grave cuestión, y lo hemos dicho, todos tenemos deberes que cumplir. Cumplámoslos, por lo menos, con la decisión que ahora demuestra el Gobierno. De otro modo, ¿con qué derecho nos quejaremos del Estado? Si los labradores no utilizan los medios que el Estado les ofrece, ¿cómo podrán acusar a los Poderes públicos? Si los grandes propietarios se desentendían de todos sus deberes, ¿con qué autoridad moral podrán reclamar a los Gobiernos el día de las crisis agudas y de los conflictos pavorosos? Todos tenemos que hacer algo «por Andalucía».

EL MINISTRO DE FOMENTO

VIAJE A ANDALUCÍA

Esta mañana, conforme estaba anunciado, marchó a Sevilla el ministro de Fomento.

Entre las personas que le acompañan figura el diputado por aquella capital Sr. Rodríguez de la Borbolla.

Durante la ausencia del Sr. Gasset queda encargado del despacho del ministerio el director general de Obras públicas, D. Julio Barail.

Por telegrama

Tren rápido entre Madrid y Sevilla. Llegada a Alcazar. A razón de 80 kilómetros por hora.

Alcazar 13 (11.35 m).—El tren especial que salió de Madrid a las nueve de la mañana para Sevilla y en el cual va el ministro de Fomento, se compone de cinco unidades: los dos breacks de la Compañía y de la Dirección de Obras públicas, un coche de primera clase, el coche restaurante y un furgón.

El tren marcha a gran velocidad, haciendo en determinados momentos un recorrido de 80 kilómetros por hora.

Este tren se ensaya para hacer el recorrido entre Madrid y Sevilla en diez horas.

El ministro de Fomento le acompañan su hermano D. Ramón Gasset, el marqués de Mochales, su secretario Sr. Sánchez Ocaña, el director de la Compañía del Mediodía señor Siles, los ingenieros Sres. Cuadrado, Apolirio, Ledesma, Saito, Acoche, el subdirector de Obras públicas Sr. Sorantes, el ayudante señor Cobos, el personal de la Compañía señores Echevarría, Cebada, Caron, Ronet y Alonso, el inspector de los coches-camas Sr. Sourguit, el concejal y teniente alcalde del Ayuntamiento de Madrid Sr. Senra, los jefes de los maquinistas Sres. Benoit y Serrano y los periodistas Sres. Morato, Balazár y del Río.

De la estación de Alcazar sale el tren con una velocidad de 70 kilómetros por hora. Desaparcerá a las siete de la tarde.

El programa es el siguiente: En Sevilla estará el ministro un día, en Jerez tres, asistiendo a la reunión que se verificará en el teatro Eslava, al reparto de socorros y a la inauguración del pantano de Guadalquivir.

El Sr. Gasset regresará a Madrid el domingo.—Gutierrez.

Gasset en Córdoba

Se lo ha hecho ver al ministro el hambre que se advierte entre las clases humildes de Córdoba, que iguala a la existente en Sevilla.

Se lo ha pedido, como indispensable cosa para dar trabajo al pueblo, la construcción de nuevos caminos vecinales, del pantano de Guadalquivir.

Rodolfo Gil agradeció a los expedicionarios. Dado.

DE SOCIEDAD

En la iglesia de la Concepción se ha verificado el enlace de la señorita doña Enriqueta Ruiz y Solma, hermana de los barones de Furstenberg, con D. Juan del Castillo, hijo primogénito de los marqueses de Santa Marina.

El sábado último falleció la señora doña Asunción Ros de Olano, viuda del general Acosta.

La Sociedad Hípica Española, que una vez disuelta la de Fomento de la cría caballar ha tomado verdadera preponderancia gracias al entusiasmo y activas gestiones de su secretario general, el marqués de Martorell, ha organizado para el mes de Abril próximo, época en que se celebra el concurso hípico, un campeonato de caballos de armas.

Los pruebas serán cuatro: Trabajos de picadero. Saltos de obstáculos. Prueba de fondo. Recorrido de sleep-chase.

Unicamente podrán figurar en el campeonato los caballos de armas propiedad del Estado, montados por el mismo oficial y satis-

facto el derecho de matrícula, que es de 75 pesetas para todas las pruebas.

La señora condesa viuda de Torrejón y demás señoras de la Junta se proponen organizar en esta semana una función a beneficio del Asilo de San Blas en el teatro Real.

S. M. el rey firmó ayer el decreto autorizando a doña Adelaida Rodríguez Fernández Maldonado, condesa de Buguil, para que a falta de descendientes legítimos pueda designar la persona que haya de sucederle en el expresado título.

La función celebrada en el teatro Español a beneficio de los pobres por la Junta de damas, ha dado un resultado espléndido para éstos.

Entre la distinguida concurrencia estaban la marquesa de Ivanrey con la marquesa viuda de Casa Torres y duquesa de Aliaga; marquesa de Valdeolmos con su hija y condesa de Torre Arias; marquesa de Squilache con la condesa de Pinohermoso; marquesa de Argüeso con su hermana y la señorita de Henestrosa; marquesa de Santa María de Silveira y su hija y condesa de Paredes de Naya; señoras y señoritas de Gijón con las señoras de Guzmán; duquesa de Montellano con la marquesa de Alameda y señorita de Barreneche; baronesa de Horteiga y señora de Calbeiros; marquesas de Hoyos Vinent y Casa Pavón con la condesa de San Román; duquesa de Nájera con la marquesa de la Granja y señorita de Santa Genoveva; condesa de Esteban Collantes con sus hijas; duquesa de Plasencia; marquesas de López-Baya, Guadales, Benaméjiz, Ministrol y Herrera; condesa de Albiz, la bella señorita de Castulo y tantas más.

SUICIDIO DE UN GENERAL

El marqués de Mendigorria

En las primeras horas de la mañana de hoy ha ocurrido en Madrid un suceso muy lamentable, que ha estado envuelto en el mayor misterio casi hasta la hora de escribir estas cuartillas, dando lugar a los más variados y diversos comentarios.

La intervención del Juzgado de guardia y del militar desde los primeros momentos, hizo que la curiosidad y el misterio fuese en creciendo, hasta que, conociendo la lamentable desgracia, la curiosidad se trocaba en compasión.

Rumores y misterio

Los periodistas que hacen su cotidiana información en el Juzgado de guardia, al llegar hoy a éste pudieron advertir, no obstante las naturales reservas de toda función judicial, que algo importante ocurría en dicho centro.

Al pronto el misterio, incentivo mayor para todo reportero de sucesos, era verdaderamente impenetrable, y de ahí el afán de sorprenderlo, de adivinarle, mejor dicho.

Hablábase con medias palabras, cruzábanse miradas de inteligencia que guardaban entre sí, imponiéndose todo el mundo absoluto silencio.

La enfermedad del general obligaba a una atención constante.

Además de los cuidados de la familia, tenía para asistirle una hermana de la Caridad. A eso de las seis de la mañana entró ésta y le dio una taza de caldo, retirándose de la casa, como de costumbre, después que el enfermo la tomó.

Momentos antes de las ocho entró en la habitación del infortunado general la señora de éste, preguntándole si deseaba tomar su acostumbrado desayuno: una copa de leche.

Contestó él afirmativamente, y la señora le dejó el desayuno sobre la mesita de noche.

Pocos momentos después entró una criada del general en el dormitorio de éste, sin duda para retirar el servicio de desayuno, creyendo lo había tomado ya, y vio que el Sr. Fernández de Córdoba no estaba en la cama.

Inmediato a la alcoba hay un pequeño departamento: el despacho que fué del general. Creyendo la criada que se hallaría el señor en el pasó a dicha habitación y vio con horror que se hallaba el Sr. Fernández de Córdoba en el suelo, con la cabeza destrozada.

Como quiera que el arma con que se quitó la vida era una pistola Mauser, apenas si la detonación se oyó en la casa.

La criada salió de la habitación, con el susto consiguiente, dando conocimiento a cuantos en la casa había de lo que acababa de ocurrir.

La escena allí ocurrida podrá nuestros lectores presumirla.

El infortunado general estaba tendido en un charco de sangre, sin más ropa que una camisa de dormir y sobre ella un bañín de mostrador que se levantó del suelo para caer el arma en el despacho y poner fin a sus días.

El infortunado general estaba tendido en un charco de sangre, sin más ropa que una camisa de dormir y sobre ella un bañín de mostrador que se levantó del suelo para caer el arma en el despacho y poner fin a sus días.

El infortunado general estaba tendido en un charco de sangre, sin más ropa que una camisa de dormir y sobre ella un bañín de mostrador que se levantó del suelo para caer el arma en el despacho y poner fin a sus días.

El infortunado general estaba tendido en un charco de sangre, sin más ropa que una camisa de dormir y sobre ella un bañín de mostrador que se levantó del suelo para caer el arma en el despacho y poner fin a sus días.

El infortunado general estaba tendido en un charco de sangre, sin más ropa que una camisa de dormir y sobre ella un bañín de mostrador que se levantó del suelo para caer el arma en el despacho y poner fin a sus días.

El infortunado general estaba tendido en un charco de sangre, sin más ropa que una camisa de dormir y sobre ella un bañín de mostrador que se levantó del suelo para caer el arma en el despacho y poner fin a sus días.

El infortunado general estaba tendido en un charco de sangre, sin más ropa que una camisa de dormir y sobre ella un bañín de mostrador que se levantó del suelo para caer el arma en el despacho y poner fin a sus días.

El infortunado general estaba tendido en un charco de sangre, sin más ropa que una camisa de dormir y sobre ella un bañín de mostrador que se levantó del suelo para caer el arma en el despacho y poner fin a sus días.

El infortunado general estaba tendido en un charco de sangre, sin más ropa que una camisa de dormir y sobre ella un bañín de mostrador que se levantó del suelo para caer el arma en el despacho y poner fin a sus días.

El infortunado general estaba tendido en un charco de sangre, sin más ropa que una camisa de dormir y sobre ella un bañín de mostrador que se levantó del suelo para caer el arma en el despacho y poner fin a sus días.

El infortunado general estaba tendido en un charco de sangre, sin más ropa que una camisa de dormir y sobre ella un bañín de mostrador que se levantó del suelo para caer el arma en el despacho y poner fin a sus días.

El infortunado general estaba tendido en un charco de sangre, sin más ropa que una camisa de dormir y sobre ella un bañín de mostrador que se levantó del suelo para caer el arma en el despacho y poner fin a sus días.

El infortunado general estaba tendido en un charco de sangre, sin más ropa que una camisa de dormir y sobre ella un bañín de mostrador que se levantó del suelo para caer el arma en el despacho y poner fin a sus días.

El infortunado general estaba tendido en un charco de sangre, sin más ropa que una camisa de dormir y sobre ella un bañín de mostrador que se levantó del suelo para caer el arma en el despacho y poner fin a sus días.

El infortunado general estaba tendido en un charco de sangre, sin más ropa que una camisa de dormir y sobre ella un bañín de mostrador que se levantó del suelo para caer el arma en el despacho y poner fin a sus días.

El infortunado general estaba tendido en un charco de sangre, sin más ropa que una camisa de dormir y sobre ella un bañín de mostrador que se levantó del suelo para caer el arma en el despacho y poner fin a sus días.

El infortunado general estaba tendido en un charco de sangre, sin más ropa que una camisa de dormir y sobre ella un bañín de mostrador que se levantó del suelo para caer el arma en el despacho y poner fin a sus días.

El infortunado general estaba tendido en un charco de sangre, sin más ropa que una camisa de dormir y sobre ella un bañín de mostrador que se levantó del suelo para caer el arma en el despacho y poner fin a sus días.

El infortunado general estaba tendido en un charco de sangre, sin más ropa que una camisa de dormir y sobre ella un bañín de mostrador que se levantó del suelo para caer el arma en el despacho y poner fin a sus días.

El infortunado general estaba tendido en un charco de sangre, sin más ropa que una camisa de dormir y sobre ella un bañín de mostrador que se levantó del suelo para caer el arma en el despacho y poner fin a sus días.

El infortunado general estaba tendido en un charco de sangre, sin más ropa que una camisa de dormir y sobre ella un bañín de mostrador que se levantó del suelo para caer el arma en el despacho y poner fin a sus días.

El infortunado general estaba tendido en un charco de sangre, sin más ropa que una camisa de dormir y sobre ella un bañín de mostrador que se levantó del suelo para caer el arma en el despacho y poner fin a sus días.

El infortunado general estaba tendido en un charco de sangre, sin más ropa que una camisa de dormir y sobre ella un bañín de mostrador que se levantó del suelo para caer el arma en el despacho y poner fin a sus días.

El infortunado general estaba tendido en un charco de sangre, sin más ropa que una camisa de dormir y sobre ella un bañín de mostrador que se levantó del suelo para caer el arma en el despacho y poner fin a sus días.

El infortunado general estaba tendido en un charco de sangre, sin más ropa que una camisa de dormir y sobre ella un bañín de mostrador que se levantó del suelo para caer el arma en el despacho y poner fin a sus días.

El infortunado general estaba tendido en un charco de sangre, sin más ropa que una camisa de dormir y sobre ella un bañín de mostrador que se levantó del suelo para caer el arma en el despacho y poner fin a sus días.

El infortunado general estaba tendido en un charco de sangre, sin más ropa que una camisa de dormir y sobre ella un bañín de mostrador que se levantó del suelo para caer el arma en el despacho y poner fin a sus días.

El infortunado general estaba tendido en un charco de sangre, sin más ropa que una camisa de dormir y sobre ella un bañín de mostrador que se levantó del suelo para caer el arma en el despacho y poner fin a sus días.

El infortunado general estaba tendido en un charco de sangre, sin más ropa que una camisa de dormir y sobre ella un bañín de mostrador que se levantó del suelo para caer el arma en el despacho y poner fin a sus días.

El infortunado general estaba tendido en un charco de sangre, sin más ropa que una camisa de dormir y sobre ella un bañín de mostrador que se levantó del suelo para caer el arma en el despacho y poner fin a sus días.

El infortunado general estaba tendido en un charco de sangre, sin más ropa que una camisa de dormir y sobre ella un bañín de mostrador que se levantó del suelo para caer el arma en el despacho y poner fin a sus días.

El infortunado general estaba tendido en un charco de sangre, sin más ropa que una camisa de dormir y sobre ella un bañín de mostrador que se levantó del suelo para caer el arma en el despacho y poner fin a sus días.

El infortunado general estaba tendido en un charco de sangre, sin más ropa que una camisa de dormir y sobre ella un bañín de mostrador que se levantó del suelo para caer el arma en el despacho y poner fin a sus días.

El infortunado general estaba tendido en un charco de sangre, sin más ropa que una camisa de dormir y sobre ella un bañín de mostrador que se levantó del suelo para caer el arma en el despacho y poner fin a sus días.

El infortunado general estaba tendido en un charco de sangre, sin más ropa que una camisa de dormir y sobre ella un bañín de mostrador que se levantó del suelo para caer el arma en el despacho y poner fin a sus días.

El infortunado general estaba tendido en un charco de sangre, sin más ropa que una camisa de dormir y sobre ella un bañín de mostrador que se levantó del suelo para caer el arma en el despacho y poner fin a sus días.

El infortunado general estaba tendido en un charco de sangre, sin más ropa que una camisa de dormir y sobre ella un bañín de mostrador que se levantó del suelo para caer el arma en el despacho y poner fin a sus días.

El infortunado general estaba tendido en un charco de sangre, sin más ropa que una camisa de dormir y sobre ella un bañín de mostrador que se levantó del suelo para caer el arma en el despacho y poner fin a sus días.

El infortunado general estaba tendido en un charco de sangre, sin más ropa que una camisa de dormir y sobre ella un bañín de mostrador que se levantó del suelo para caer el arma en el despacho y poner fin a sus días.

El infortunado general estaba tendido en un charco de sangre, sin más ropa que una camisa de dormir y sobre ella un bañín de mostrador que se levantó del suelo para caer el arma en el despacho y poner fin a sus días.

El infortunado general estaba tendido en un charco de sangre, sin más ropa que una camisa de dormir y sobre ella un bañín de mostrador que se levantó del suelo para caer el arma en el despacho y poner fin a sus días.

El infortunado general estaba tendido en un charco de sangre, sin más ropa que una camisa de dormir y sobre ella un bañín de mostrador que se levantó del suelo para caer el arma en el despacho y poner fin a sus días.

El infortunado general estaba tendido en un charco de sangre, sin más ropa que una camisa de dormir y sobre ella un bañín de mostrador que se levantó del suelo para caer el arma en el despacho y poner fin a sus días.

El infortunado general estaba tendido en un charco de sangre, sin más ropa que una camisa de dormir y sobre ella un bañín de mostrador que se levantó del suelo para caer el arma en el despacho y poner fin a sus días.

El infortunado general estaba tendido en un charco de sangre, sin más ropa que una camisa de dormir y sobre ella un bañín de mostrador que se levantó del suelo para caer el arma en el despacho y poner fin a sus días.

El infortunado general estaba tendido en un charco de sangre, sin más ropa que una camisa de dormir y sobre ella un bañín de mostrador que se levantó del suelo para caer el arma en el despacho y poner fin a sus días.

El infortunado general estaba tendido en un charco de sangre, sin más ropa que una camisa de dormir y sobre ella un bañín de mostrador que se levantó del suelo para caer el arma en el despacho y poner fin a sus días.

El infortunado general estaba tendido en un charco de sangre, sin más ropa que una camisa de dormir y sobre ella un bañín de mostrador que se levantó del suelo para caer el arma en el despacho y poner fin a sus días.

El infortunado general estaba tendido en un charco de sangre, sin más ropa que una camisa de dormir y sobre ella un bañín de mostrador que se levantó del suelo para caer el arma en el despacho y poner fin a sus días.

El infortunado general estaba tendido en un charco de sangre, sin más ropa que una camisa de dormir y sobre ella un bañín de mostrador que se levantó del suelo para caer el arma en el despacho y poner fin a sus días.

El infortunado general estaba tendido en un charco de sangre, sin más ropa que una camisa de dormir y sobre ella un bañín de mostrador que se levantó del suelo para caer el arma en el despacho y poner fin a sus días.

El infortunado general estaba tendido en un charco de sangre, sin más ropa que una camisa de dormir y sobre ella un bañín de mostrador que se levantó del suelo para caer el arma en el despacho y poner fin a sus días.

El infortunado general estaba tendido en un charco de sangre, sin más ropa que una camisa de dormir y sobre ella un bañín de mostrador que se levantó del suelo para caer el arma en el despacho y poner fin a sus días.

El infortunado general estaba tendido en un charco de sangre, sin más ropa que una camisa de dormir y sobre ella un bañín de mostrador que se levantó del suelo para caer el arma en el despacho y poner fin a sus días.

El infortunado general estaba tendido en un charco de sangre, sin más ropa que una camisa de dormir y sobre ella un bañín de mostrador que se levantó del suelo para caer el arma en el despacho y poner fin a sus días.

El infortunado general estaba tendido en un charco de sangre, sin más ropa que una camisa de dormir y sobre ella un bañín de mostrador que se levantó del suelo para caer el arma en el despacho y poner fin a sus días.

El infortunado general estaba tendido en un charco de sangre, sin más ropa que una camisa de dormir y sobre ella un bañín de mostrador que se levantó del suelo para caer el arma en el despacho y poner fin a sus días.

El infortunado general estaba tendido en un charco de sangre, sin más ropa que una camisa de dormir y sobre ella un bañín de mostrador que se levantó del suelo para caer el arma en el despacho y poner fin a sus días.

El infortunado general estaba tendido en un charco de sangre, sin más ropa que una camisa de dormir y sobre ella un bañín de mostrador que se levantó del suelo para caer el arma en el despacho y poner fin a sus días.

El infortunado general estaba tendido en un charco de sangre, sin más ropa que una camisa de dormir y sobre ella un bañín de mostrador que se levantó del suelo para caer el arma en el despacho y poner fin a sus días.

El infortunado general estaba tendido en un charco de sangre, sin más ropa que una camisa de dormir y sobre ella un bañín de mostrador que se levantó del suelo para caer el arma en el despacho y poner fin a sus días.

El infortunado general estaba tendido en un charco de sangre, sin más ropa que una camisa de dormir y sobre ella un bañín de mostrador que se levantó del suelo para caer el arma en el despacho y poner fin a sus días.

El infortunado general estaba tendido en un charco de sangre, sin más ropa que una camisa de dormir y sobre ella un bañín de mostrador que se levantó del suelo para caer el arma en el despacho y poner fin a sus días.

El infortunado general estaba tendido en un charco de sangre, sin más ropa que una camisa de dormir y sobre ella un bañín de mostrador que se levantó del suelo para caer el arma en el despacho y poner fin a sus días.

El infortunado general estaba tendido en un charco de sangre, sin más ropa que una camisa de dormir y sobre ella un bañín de mostrador que se levantó del suelo para caer el arma en el despacho y poner fin a sus días.

El infortunado general estaba tendido en un charco de sangre, sin más ropa que una camisa de dormir y sobre ella un bañín de mostrador que se levantó del suelo para caer el arma en el despacho y poner fin a sus días.

El infortunado general estaba tendido en un charco de sangre, sin más ropa que una camisa de dormir y sobre ella un bañín de mostrador que se levantó del suelo para caer el arma en el despacho y poner fin a sus días.

El infortunado general estaba tendido en un charco de sangre, sin más ropa que una camisa de dormir y sobre ella un bañín de mostrador que se levantó del suelo para caer el arma en el despacho y poner fin a sus días.

El infortunado general estaba tendido en un charco de sangre, sin más ropa que una camisa de dormir y sobre ella un bañín de mostrador que se levantó del suelo para caer el arma en el despacho y poner fin a sus días.

El infortunado general estaba tendido en un charco de sangre, sin más ropa que una camisa de dormir y sobre ella un bañín de mostrador que se levantó del suelo para caer el arma en el despacho y poner fin a sus días.

El infortunado general estaba tendido en un charco de sangre, sin más ropa que una camisa de dormir y sobre ella un bañín de mostrador que se levantó del suelo para caer el arma en el despacho y poner fin a sus días.

El infortunado general estaba tendido en un charco de sangre, sin más ropa que una camisa de dormir y sobre ella un bañín de mostrador que se levantó del suelo para caer el arma





